



La lechuga

Era el jueves de la semana pasada cuando se me acerca mi madre diciéndome: “Ay hija, desde hace mucho tiempo que no te veo comer una frutita o verdurita, solo te la has pasado comiendo en los restaurantes todo el día”, por supuesto que yo sabía lo que estaba insinuando. Quiere que haga dieta, como ella solo se alimenta de lechuga todo el día quiere que yo también lo haga, porque ni modo ella toda su vida ha sido flaca y creo que le molesta verme con peso de más y piensa que soy infeliz. En realidad, al principio lo único que me vino a la mente fue: “Bueno, qué me importa, mi madre y sus ganas de que yo sea igual que ella y sus disques “preocupaciones”, las que todo el mundo sabe que lo hace porque le da tristeza verme usar una calzoneta de abuela en el puerto”. Casualmente el mismo día tenía una cena de gala y necesitaba

ponerme un vestido, estaba decidida por mi vestido color rosa brillante. Me lo puse y solo faltaba cerrar el zíper, me costó un montón encontrar la pose para lograr agarrarlo y, al intentar cerrarlo, por algún hechizo mágico no se me cerraba en el área de las piernas, yo sabía que era porque engordé, pero decidí ignorarlo y solo pretendí que el vestido se achiquitó al lavarlo. Me probé dos vestidos más y la misma historia, no me cerraban o simplemente no me entraban. Me molesté mucho con la lavadora de mi casa, pues gracias a ella no me pude poner ningún vestido. Yo sabía que mi madre tenía vestidos guardados que me quedarían, pero por supuesto que el orgullo va antes que otra cosa, así que me tuve que ir en una blusa y un pantalón muy flojo.

¿Y adivinen que cené esta noche?
Lechuga.

